LIBRO DE HECHOS

Lección 48, Capítulo 21 y 22

Hoy continuaremos en Hechos 21 y luego terminaremos Hechos 22.

Cuando dejamos a Pablo, estaba en Jerusalén para celebrar Shavuot, después de pasar muchos años estableciendo congregaciones de creyentes en Macedonia y Asia. Acababa de comenzar los procedimientos de purificación ritual que Santiago (medio hermano de Yeshúa), el líder supremo de El Camino, le había indicado realizar. A partir de Hechos 21:20 hasta el versículo 24, Santiago explica que Pablo debe pagar y participar en las ofrendas de voto y en todos los demás elementos necesarios para que cuatro creyentes que están bajo un voto nazareo puedan llevar sus votos a la conclusión apropiada. El propósito de esta demostración es que Pablo manifieste públicamente su fidelidad y devoción a la Halakhah (Ley judía), porque muchos judíos de Judea han llegado a convencerse de que Pablo ha abandonado su identidad judía, ha dejado de seguir la Ley, está diciendo a otros que hagan lo mismo y, por lo tanto, ha apostatado del judaísmo. Como Pablo ha estado trabajando estrictamente en las naciones extranjeras de la Diáspora, estos rumores calumniosos sobre sus enseñanzas contrarias a la Ley y al judaísmo han sido llevados a Jerusalén por judíos de la Diáspora que viajan allí para las distintas fiestas de peregrinación.

El versículo 26 explica que Pablo hizo exactamente lo que Santiago le sugirió. Uno podría razonar que cualquier cristiano leería este pasaje y comprendería inmediatamente que Pablo seguía la Ley, tal como ha afirmado en varias ocasiones que lo hace. Sin embargo, lo que encontramos en la mayoría de los primeros Padres de la Iglesia, especialmente aquellos vinculados al consejo de liderazgo de la Iglesia con sede en Roma, es que insisten en que, aunque Pablo hizo lo que Santiago le dijo, lo hizo solo bajo presión y sin ninguna sinceridad. Algunos Padres de la Iglesia, como Crisóstomo, llegan al extremo de afirmar que Pablo simplemente estaba representando el papel de un buen judío respetuoso de la Ley, pero que en realidad todo era un engaño planeado por Dios para él. Y el propósito del engaño era que los judíos le

dieran a Pablo la oportunidad de hablarles del Evangelio. Así que, para decirlo de manera amable, Pablo solo fingía ser un judío creyente que seguía la Ley para tener más oportunidades de difundir las Buenas Noticias.

Condeno profundamente semejante interpretación falsa y motivada por una agenda; es una doctrina a la que muchas denominaciones cristianas tradicionales todavía se adhieren en nuestros días. La única manera de llegar a una conclusión tan extraña es partir de la doctrina de la Iglesia de que Pablo estaba en contra de la Ley (incluso, en cierta medida, en contra de los judíos) e insistir en leer esa premisa dentro de las Escrituras; porque, de lo contrario, sencillamente no está allí.

Pablo y los cuatro creyentes se purificaron (es decir, se sumergieron en una mikveh). Luego fueron a un atrio exterior del Templo, donde informaron de su purificación a un sacerdote; este verificó que ya podían entrar en un período de espera de siete días, después del cual serían considerados ritualmente puros para llevar sus sacrificios de voto al altar. Pero justo antes de que terminara el período de siete días, algunos judíos no creyentes de Asia que estaban en Jerusalén para Shavuot vieron a Pablo, lo reconocieron y lo agarraron mientras gritaban pidiendo apoyo a la multitud. Lo acusaron de enseñar a la gente a no obedecer la Ley y a no tener consideración por el Templo. Además, afirmaron que había llevado a algunos gentiles al Templo, sin duda queriendo decir que había llevado a esos gentiles a zonas a las que tenían prohibido entrar. Así que Pablo había profanado el Templo a sabiendas y deliberadamente. El versículo 29 explica que estos judíos visitantes habían visto a un hombre llamado Trófimo, residente de Éfeso, acompañando a Pablo en Jerusalén y supusieron (equivocadamente) que Pablo había permitido que este gentil entrara en el Templo. Debe entenderse que, según la Ley judía, algo así estaba prohibido y era causa de ejecución para quien lo cometiera; ni siquiera un ciudadano romano estaba exento de una consecuencia tan severa por entrar sin autorización en los recintos sagrados del Templo.

Es interesante señalar que los judíos eran tan estrictos con este asunto de la profanación del Templo por parte de los gentiles que colocaron avisos e instalaron barreras para impedir que los miles de gentiles que

entraban al Templo para hacer turismo se desviaran, incluso accidentalmente, hacia los atrios interiores. Los letreros estaban escritos tanto en griego como en latín, para que ningún gentil pudiera alegar desconocimiento al entrar en esos terrenos sagrados. Esto no es una especulación; a finales del siglo XIX, los arqueólogos descubrieron un antiguo letrero en el Monte del Templo que decía:

«Ningún extranjero puede entrar dentro de la barrera que rodea el templo y el recinto. Cualquiera que sea sorprendido entrando sin autorización será personalmente responsable de la muerte que le sobrevenga».

Volvamos a leer los últimos versículos del capítulo 21 de Hechos.

VUELVAN A LEER HECHOS 21:26 – final

Seamos claros: todas y cada una de las acusaciones contra Pablo eran mentiras. No enseñó en contra del pueblo judío; no enseñó en contra de la Ley ni enseñó en contra del Templo. Además, no llevó a algunos goyim (gentiles) al Templo y, por lo tanto, no lo profanó. Pero, por supuesto, debido al carácter celoso de los judíos de Judea y a la humillante ocupación romana de Tierra Santa, estas eran precisamente las acusaciones contra alguien que habrían provocado el estallido emocional más rápido y volcánico entre los judíos. No olvidemos que esto sucedía durante la santa Fiesta bíblica de Shavuot, por lo que los sentimientos de piedad religiosa entre los judíos estaban aún más intensificados. No hacía falta mucho para provocar disturbios; por eso, la guarnición militar romana local, ubicada junto al Monte del Templo (en la esquina noroeste del área amurallada), estaba en alerta especial durante esos días santos judíos.

El versículo 31 explica que la multitud creció rápidamente en tamaño y agitación mientras Pablo era arrastrado a la fuerza fuera del Templo y las puertas se cerraban detrás de él; la turba tenía la intención de matarlo. ¿Por qué no matarlo de inmediato en vez de arrastrarlo fuera de los atrios del Templo? Porque la muerte es la peor clase de impureza y, por eso, era ilegal matar a alguien dentro del recinto del Templo. Los soldados romanos apostados en la Fortaleza Antonia vieron la agitación, reaccionaron rápidamente y llegaron justo a tiempo para rescatar a Pablo. La fortaleza estaba conectada con el Monte del Templo por solo dos

tramos de escaleras, de modo que los guardias romanos podían responder rápidamente ante cualquier amenaza. Curiosamente, fue Herodes el Grande quien construyó la fortaleza, la hizo ocupar por soldados romanos y luego la nombró en honor a su protector, Marco Antonio. Claramente, el propósito de construir la fortaleza allí, en el Monte del Templo, era desalentar los disturbios y alteraciones del orden que ocurrían regularmente en el área del Templo. Roma no toleraba los desórdenes civiles; así que la guardia romana descendió con fuerza sobre la multitud y esta dejó de golpear a Pablo.

El comandante de las tropas en ese momento era un tribuno llamado Claudio Lisias, quien se hizo cargo personalmente de la situación para restablecer el orden. Como Sha'ul era el centro de la ira de la multitud, fue detenido. Pablo fue encadenado y Lisias decidió llevarlo de regreso al cuartel para interrogarlo. Pero antes de llevárselo, pidió a la multitud que explicara el problema. Todos gritaban algo diferente, así que no logró avanzar en la determinación de los cargos contra Pablo. Cuando los soldados comenzaron a regresar al cuartel, la multitud estalló y la guarnición literalmente tuvo que cargar a Pablo para protegerlo de que siguieran agrediéndolo.

Lisias tendría que averiguar la verdad por otros medios, y eso significaba persuadir a Pablo para que se la contara. Por supuesto, Pablo explicaba que no había hecho nada malo; algo que Lisias no podía aceptar dadas las circunstancias. Dentro de la fortaleza, Pablo le habló en griego a Lisias y le pidió que le permitiera decirle algo. Como había comenzado su vida como judío de la Diáspora, el griego era la primera lengua de Pablo. Esto sorprendió al comandante, porque estaba seguro de que acababa de arrestar a un notorio agitador y fugitivo conocido simplemente como «el egipcio». Al parecer, se sabía que el egipcio no hablaba griego, así que Pablo no podía ser él. Josefo habla del egipcio; aparentemente había llegado a Jerusalén quizá tres años antes. Este líder carismático logró reunir casi de la noche a la mañana a unos 4,000 seguidores (probablemente, en su mayoría, miembros de los zelotes y de los temidos asesinos judíos llamados sicarios). Los convenció de ir al monte de los Olivos y esperar, porque en el momento apropiado los muros de Jerusalén caerían milagrosamente (de manera similar al episodio de Jericó), y entonces podrían entrar rápidamente y expulsar a las tropas romanas.

Sin embargo, el gobernador romano se enteró del plan y envió soldados contra ellos; muchos de los seguidores del egipcio fueron asesinados y muchos más fueron hechos prisioneros. No hace falta decir que las enormes murallas de piedra caliza de Jerusalén permanecieron intactas, pero el egipcio no apareció por ninguna parte. Sin duda, si hubiera reaparecido, aquellos judíos a quienes había abandonado no se habrían alegrado precisamente de verlo. Al parecer, Lisias pensó que Pablo debía ser el misterioso egipcio, ya que los sentimientos en su contra eran tan intensos. El egipcio no podía hablar griego, pero Pablo sí; así que Lisias supo que tenía al hombre equivocado.

Ahora Pablo tuvo la oportunidad de explicar quién era y comienza diciendo que era de Tarso, una ciudad muy conocida de Cilicia. ¿Y le daría el tribuno permiso a Pablo para hablar con la multitud? Como todavía intentaba averiguar qué delito había cometido Pablo, Lisias no vio ningún inconveniente en su petición. Aunque la CJB dice que Pablo se dirigió a la multitud en hebreo, no es exactamente así; más bien, el versículo dice que Pablo habló en la lengua hebrea. Lo que esto quiere transmitir es «la lengua que hablaban los hebreos». La pregunta es: ¿qué idioma hablaban los hebreos? Todo el conocimiento académico actual sobre el tema de los idiomas en Tierra Santa indica que el arameo era el más hablado universalmente. Sin embargo, el hebreo también se utilizaba ampliamente y ambos idiomas son bastante parecidos. Así que no podemos estar seguros de si Pablo habló hebreo o arameo a la multitud.

Pasemos ahora al capítulo 22.

LEAN TODO EL CAPÍTULO 22 DE HECHOS

Quisiera detenerme unos momentos para introducir un punto de vista personal. Mientras estudiaba y leía este capítulo, pensé en el terrible estado de agitación e ira en que vivían constantemente los judíos de Jerusalén, porque estaban rodeados de inmoralidad, idolatría y el hedor de la impureza ritual provocado por la presencia de los brutales soldados romanos que pisoteaban los lugares más sagrados de los judíos. Nunca había un momento de verdadera paz mental. La máxima autoridad religiosa de los judíos, el sacerdocio, se había corrompido y funcionaba en beneficio de los aristócratas judíos ricos que estaban aliados con sus

ocupantes romanos. Y luego estaban las multitudes de gentiles curiosos que visitaban regularmente Jerusalén en números cada vez mayores desde los días en que Roma había convertido Judea en una provincia romana, y que traían consigo toda clase de impurezas rituales causadas por su paganismo. Esto me hizo pensar en el estado del mundo, y de Estados Unidos en particular, durante estos primeros años del siglo XXI. Vivimos en una sociedad tan enojada, frustrada y polarizada. No hace falta mucho para desencadenar disturbios, agresiones y asesinatos, o incluso actos de terrorismo o violencia vial. Abundan la confusión y el caos; ¿qué está bien? ¿Qué está mal? Las cosas parecen estar fuera de control. Muchas de nuestras esperanzas más profundas parecen inalcanzables y nuestras tradiciones más apreciadas están bajo constante ataque y revisión.

Quienes nos adherimos a alguna forma de judaísmo ortodoxo o cristianismo fundamentalista nos encontramos en serio conflicto con nuestro gobierno, las escuelas públicas y, últimamente, con nuestra cultura secular en general. Parece que cada día aparece alguna nueva forma de inmoralidad legislada, degradación o política social impía; y cuando nos negamos a someternos, nos consideran intolerantes, fanáticos y locos religiosos llenos de odio. La educación en casa está creciendo rápidamente a medida que padres comprometidos retiran a sus hijos de un entorno escolar que prohíbe a Dios, pero abraza la agenda LGBT (lesbianas, gais, bisexuales y transgénero) y se la enseña a nuestros hijos como algo bueno, amoroso y admirable. La gente está abandonando nuestras iglesias y sinagogas a medida que cada vez más pastores y rabinos adoptan los lemas y filosofías de la agenda progresista secular.

Al leer estos pasajes de Hechos 22, me encontré identificándome con aquellos judíos que atacaron a Pablo. Les habían dicho, y ellos lo creían, que Pablo se había unido al enemigo (los gentiles) y estaba enseñando a otros judíos a abandonar su herencia, sus tradiciones, su religión y sus valores arraigados desde hacía mucho tiempo. A algunos judíos no les importaba demasiado y lo tomaron con relativa calma. Pero aquellos que se esforzaban por seguir diligentemente a Dios y obedecerlo, y quienes amaban su herencia y sus costumbres israelitas, ya no pudieron soportarlo y tomaron medidas enérgicas contra un hombre al que

consideraban símbolo de los judíos traidores que abandonaban sus valores hebreos y adoptaban la cultura romana. ¿Fue una acción sabia o justificable por su parte? ¿Era algo que Dios habría querido que hicieran? Creo que la respuesta a ambas preguntas es «no». Pero en algún momento incluso los mejores de nosotros pueden ser empujados más allá del límite. Lo que importa es lo que hacemos al respecto.

Les presento esto por tres razones: 1) para ayudarles a imaginar mentalmente el contexto de esta acción de la multitud contra Pablo; 2) para mirar con un poco menos de desaprobación a la multitud de judíos (que había recibido información falsa sobre Pablo) y comprender mejor las circunstancias imposibles bajo las que los seguidores judíos de Dios se veían obligados a vivir; y 3) para pensar cuidadosamente cómo deben reaccionar ustedes, como creyentes, ante todo lo que sucede a nuestro alrededor hoy, que tiene paralelos reales con lo que ocurría en los días de Pablo.

Pablo estaba de pie en los escalones superiores de la Fortaleza Antonia, con soldados romanos a su lado, cuando recibió permiso para hablar a la multitud que había querido matarlo. Hablando en arameo o hebreo, comenzó utilizando las mismas palabras que el mártir Esteban había usado en su propia defensa. Pablo se dirige al pueblo como «hermanos y padres». «Hermanos», por supuesto, se refiere a una herencia judía compartida. «Padres» (avot en hebreo) se refiere a los ancianos y a las personas importantes entre la multitud. La multitud guardó silencio para escuchar qué más tenía que decir Pablo.

El discurso de Pablo comienza explicando quién es y cuál es su lugar en la sociedad judía tradicional. Su propósito es establecer una base para refutar lo que estas personas han oído acerca de él, pues comprende bien sus sensibilidades. Presenta sus credenciales como hebreo de nacimiento al decir que, efectivamente, es judío. Al explicar que nació en Tarso, les comunica a los judíos de Judea (que constituían la mayor parte de la multitud) que es un judío de la Diáspora. Aun así, añade inmediatamente que pasó buena parte de su crianza aquí mismo, en Jerusalén, y que fue instruido por el muy venerado maestro Gamaliel. Esto identificaba a Pablo no solo como alguien inmerso en la cultura judía particular de Tierra Santa, sino también como una persona muy instruida. También lo

identifica como fariseo, que era lo que eran la mayoría de las personas comunes (si tenían alguna afiliación a un partido). Recuerden: eran los fariseos quienes dirigían las sinagogas y prácticamente todos los presentes pertenecían a una sinagoga u otra. Así que esto le comunica a la multitud que sus doctrinas teológicas fundamentales eran esencialmente las mismas que las de ellos.

Pablo dice que estaba bien instruido en los detalles de la Torá de sus padres (en griego dice en el nomos, la ley, de sus padres). Al añadir las palabras «de nuestros padres», se refiere a los antepasados (no a los «padres» que forman parte de su audiencia). Por eso, se refiere más a la Ley de Moisés que a la Halakhah (Ley judía). Pablo afirma ser un estudioso de la Torá.

Luego continúa explicando un lado oscuro de su vida, pero uno que la multitud no habría considerado tan desagradable. Explica que al principio fue perseguidor de El Camino. El tono con el que Lucas escribe este relato deja claro que para entonces la existencia de la secta del judaísmo conocida como El Camino era de conocimiento común (la secta había existido alrededor de 25 años). Y sin duda también era de conocimiento común lo esencial de lo que creía esta secta (que Yeshúa era el Mesías). También explica que su persecución de El Camino se llevó a cabo oficialmente, con el respaldo del sumo sacerdote y del Sanedrín. La mayoría de las Biblias dirán «Consejo de Ancianos» y no Sanedrín; pero como Pablo menciona al sumo sacerdote junto con el Consejo de Ancianos, y el sumo sacerdote es el jefe del Sanedrín, sin duda eso es a lo que Pablo se refiere. Así que el simple hecho de que Pablo fuera representante del Sanedrín es una prueba más de su devoción a su identidad judía y al judaísmo (y el propio sumo sacerdote podía dar testimonio de la verdad de esto).

Ahora que Pablo ha expuesto su argumento de que no solo es «uno de ellos», sino que en realidad ocupa un lugar destacado en el judaísmo y se encuentra entre los judíos religiosos más celosos, en el versículo 5 comienza a contar la historia de su encuentro con el Cristo resucitado. Mientras perseguía a algunos miembros de El Camino que huían, recibió cartas de autorización como agente que trabajaba directamente para el sumo sacerdote, para ir a Damasco, encontrar y arrestar a todos los

creyentes que encontrara y llevarlos de regreso a Jerusalén para ser procesados. Pero en el camino a Damasco le sucedió algo asombroso. Apareció una luz cegadora en el camino, que él y sus compañeros de viaje vieron. Brilló alrededor de todo el grupo y, cuando Pablo cayó al suelo, desorientado, oyó una voz que le hablaba desde arriba. Decía: «¿Por qué me persigues?». Pablo, sin saber de quién era la voz, pidió que se identificara. La respuesta fue igualmente desconcertante: «¡Yo soy Yeshúa de Nazaret y tú me persigues!». Pablo dice que los testigos de todo esto también quedaron atónitos por el resplandor de la luz; oyeron a Pablo hablar, pero no vieron con quién hablaba ni escucharon ninguna respuesta. Pablo creyó que lo que estaba sucediendo era real y que la persona que le hablaba era realmente Yeshúa de Nazaret, un hombre que él sabía muy bien que había muerto en un madero de ejecución romano. Lo que creyó además de eso, no lo sabemos.

Entonces la voz dio una instrucción: «Levántate y ve a Damasco, y allí te dirán cuál será tu misión». ¡Vaya! ¿Se imaginan? En un solo instante eres salvado y te dicen que pronto alguien te comunicará cuál es el propósito de Dios para tu vida. Pablo todavía está ciego por la luz brillante, pero va a Damasco llevado de la mano. Allí, un hombre llamado Hananyah le devolvería la vista a Pablo y le daría sus instrucciones como profeta de Dios. Un comentario entre paréntesis en el versículo 12 dice que Hananyah era «un seguidor observante de la Torá»; esto es algo que no debemos pasar por alto. Hananyah era obviamente un creyente, pero también era un judío observante que seguía cumpliendo la Ley. Así que en este capítulo 22 tenemos a Pablo profesando ser celoso de la Ley y al hombre que Cristo utilizó para comunicarle su misión, Hananyah, quien también era celoso de la Ley. Creo que es difícil encontrar que el libro de Hechos, hasta este punto, esté diciendo a los creyentes modernos que la Ley es mala, está muerta y es irrelevante. Más bien, Lucas claramente quería que supiéramos que la comisión que Yeshúa dijo que Pablo recibiría fue entregada por boca de un judío creyente piadoso y observante de la Torá.

Se nos dice que Hananyah era muy respetado por la comunidad judía de Damasco; sin duda, por su devoción a la Ley. Pero ahora Hananyah dice algo que es fácil pasar por alto: que «el Dios de nuestros padres» fue quien determinó de antemano que Pablo conociera la voluntad de Dios

para su vida. Así que fue el Padre, YHWH, quien determinó de antemano que Pablo conociera la voluntad de Dios para su vida. Ahora tenemos tanto a Dios Padre como a Yeshúa el Hijo desempeñando papeles en esta historia, y se habla de ellos por separado en Hechos 22. Hananyah también le dice a Pablo que escuchará directamente, de manera audible, al Justo (el Tzaddik en hebreo).

El término «el Justo» es inusual; solo lo encontramos en un par de lugares de la Biblia y, fuera de Hechos, solo pude encontrarlo una vez en Proverbios y dos veces en el libro de Isaías. Lo fascinante es que los esenios, los escritores de los Rollos del Mar Muerto, hablaban regularmente en sus Documentos Comunitarios sobre la esperada venida del Justo. Damasco era la sede de los esenios (una facción del judaísmo) fuera de Tierra Santa. También es justo decir que, cuando se estudia cuidadosamente la teología de los esenios, tiene muchas similitudes con la teología de los fariseos. Así que creo que, con el uso del término «el Justo» por parte de Hananyah, estamos escuchando ecos de la teología y la terminología esenias, y es muy probable que Hananyah haya estudiado con los esenios en Damasco (como parece que también lo hizo Juan el Bautista, pero en Qumrán, junto al mar Muerto, y no en Damasco). No tengo la menor duda de que Yeshúa pasó tiempo con los esenios, pues lo encontramos utilizando términos en su Sermón del Monte que no solo se usaban regularmente dentro de la comunidad esenia, sino incluso un par de términos únicos que los esenios utilizaban para referirse a sí mismos (como «los mansos» y «los pobres en espíritu»).

A Pablo se le dice que será testigo de todo lo que ha visto y oído. Sin duda, no tenemos registrado todo lo que vio y oyó. Así que Hananyah instruye a Pablo para que se sumerja. La inmersión personal era la práctica judía habitual para la inmersión (bautismo), en lugar de que otra persona lo sumergiera. Al realizar esta inmersión en el nombre de Yeshúa, los pecados de Pablo serán lavados y, por lo tanto, estará preparado para su misión. Ahora Cristo es la nueva fuerza dominante en la vida de Pablo.

En el versículo 17, Pablo adelanta su relato hasta el momento en que salió de Damasco y regresó a Jerusalén. Dice que estaba orando en el Templo cuando entró en trance. Probablemente se refiere a cuando regresó a Jerusalén en Hechos 9:26. Observen cómo introduce el asunto del Templo

porque, recuerden, había sido acusado de hablar en contra de él. Aquí está venerando el Templo al orar allí, y Dios valida las oraciones piadosas de Pablo dándole una visión. Esta información habría impresionado mucho a quienes escuchaban a Pablo. Pablo también dice que vio a «él» (Dios) y que Dios le dijo que se apresurara y saliera de Jerusalén porque los judíos de allí no aceptarían lo que Pablo había aprendido y experimentado en Damasco. ¿A quién afirmó Pablo haber visto exactamente? ¿A Dios Padre o a Dios Hijo? ¿En qué forma? No está claro.

Pablo intentó convencer al Señor de que le permitiera quedarse en Jerusalén diciendo que la gente sabría quién era él y, por lo tanto, sería más fácil convencerla de que el repentino cambio en su actitud negativa y su antagonismo hacia Yeshúa y El Camino debía haber sido causado por una intervención divina. Así que quizá estarían más dispuestos a escucharlo. Pero ocurrió lo contrario; por supuesto, el Señor demostró tener razón. Al saber quién había sido Pablo antes de volverse a Yeshúa, los judíos creyentes le tenían demasiado miedo para aceptarlo, ¡y los judíos helenistas querían matarlo! Y Pablo confiesa a la multitud que fue mucho más que un espectador inocente en la muerte de Esteban. Aunque Pablo no participó directamente en la lapidación de Esteban, ayudó a quienes lo hicieron sosteniendo sus mantos. Y Pablo admite que estaba completamente de acuerdo con el asesinato de Esteban. Dios no quiso saber nada de eso: «sigue tu camino», le dice a Pablo; Pablo irá muy lejos, a tierras extranjeras, para dar testimonio a los gentiles.

Al parecer, la última palabra que salió de la boca de Pablo antes de que la multitud volviera a estallar en una histeria indignada fue «gentiles». La idea de que Pablo llevaría un medio de salvación y liberación al enemigo de los judíos (los gentiles), y de que un Salvador judío sería el medio de salvación de ellos (aceptara o no la multitud siquiera tal idea), era demasiado. El versículo 22 deja claro que el asunto principal era que la multitud lo quería muerto por su relación con los gentiles. Estos judíos oprimidos no podían soportar la idea de que Dios concediera a los gentiles igualdad con los judíos por medio de Su Mesías; había demasiado odio contra los gentiles como para aceptar algo así. Algunos comenzaron a rasgarse la ropa; otros se arrancaron parte de sus prendas y las agitaron en el aire; se nos dice que comenzaron a lanzar polvo. Es prácticamente imposible determinar con certeza qué significaba lanzar polvo. O bien

arrojaban tierra porque no tenían piedras a mano para apedrear a Pablo, o era una muestra de dolor y desolación (una tradición judía de duelo bastante común) por la relación de Pablo con los gentiles. Quizá significaba algo completamente distinto.

Al ver que la multitud volvía a alborotarse, Lisias hizo que llevaran a Pablo al interior de la fortaleza con la intención de azotarlo para obtener la verdad sobre la ofensa de Pablo. Hasta ese momento, lo único que Lisias sabía era que Pablo no era el egipcio y que, fuera lo que fuese lo que Pablo había hecho, era lo suficientemente grave como para que una multitud enorme estuviera dispuesta a arriesgarse a sufrir la ira romana por alterar el orden público. Hay que decir que el tipo de azotes que los romanos infligían a un prisionero a menudo terminaba en muerte. No era un látigo, como podríamos imaginar. Más bien, el instrumento se llamaba flagelo (un flagellum). No era un instrumento de disciplina, sino de tortura. Consistía en un mango de madera con largas correas de cuero y trozos de metal o hueso afilados sujetos en los extremos. Desgarraba la carne y el tejido muscular, provocando una hemorragia intensa. Si alguien sobrevivía, por lo general quedaba incapacitado de por vida.

La buena noticia es que los ciudadanos romanos estaban exentos de este tipo de trato. Así que, después de guardar silencio al respecto hasta ese momento, y mientras lo estiraban y lo ataban para comenzar a azotarlo, en el versículo 25 Pablo hace una pregunta retórica a uno de sus guardias: «¿Es legal azotar a un ciudadano romano que no ha recibido un juicio adecuado?». La preparación se detuvo de golpe y el guardia fue al comandante Lisias para informarle que Pablo afirmaba ser ciudadano romano. Por supuesto, los soldados romanos sabían que no era legal azotar a un ciudadano romano sin un juicio, así que Lisias le preguntó a Pablo si era cierto. Pablo respondió que sí. El comandante hizo un comentario extraño: dijo que su ciudadanía le había costado mucho dinero. La insinuación era: ¿cómo podía este pobre judío tener suficiente dinero para comprar la ciudadanía? Pero Pablo respondió con calma que había nacido ciudadano romano (no tuvo que comprarla). Esto significaba que el padre de Pablo era ciudadano romano (algo inusual para un judío).

Como resultado, los soldados dejaron inmediatamente de hacer lo que estaban haciendo e incluso le quitaron las cadenas a Pablo, porque habían

estado peligrosamente cerca de meterse en un gran problema. Si le hubieran hecho eso a Pablo, la ley romana habría exigido que les hicieran lo mismo a los soldados. El problema es que el comandante todavía no sabe qué hizo Pablo para provocar esta acción de la multitud. Así que puso a Pablo en una celda, sin cadenas, y pidió que se reuniera el Sanedrín para interrogarlo.

Un último comentario. En ese momento particular, Judea no tenía procurador (gobernador provincial). Por el momento, como era el militar de mayor rango en Jerusalén, Lisias tenía casi la autoridad de un procurador. Así que, cuando ordena que se reúna el Sanedrín, ellos no tienen otra opción.

La próxima vez comenzaremos Hechos capítulo 23, cuando Pablo sea llevado ante el Sanedrín para ser interrogado.